

hicieran posible este socorro; y de esta suerte dejaba á la mala voluntad ó á la timidez el medio de eludir órdenes harto poco formales, dadas por entre la vaguedad de las distancias y del tiempo ya transcurrido, pues cuando llegaban á distancia de quinientas leguas y con la fecha de dos meses, llevaban á menudo en sí mismas la dispensa de ser ejecutadas. Así este genio tan claro, tan exacto, tan vasto, se complacía en tales incertidumbres, siéndole antipáticas y todo, dando al traste con sus empresas, y de las cuales salía con arrebatos de ira contra sus generales, á quienes muchas veces en lo íntimo de su alma tenía por inocentes de aquello mismo de que les echaba la culpa.

Ahora que á los yerros del soberano se juntaban con frecuencia los de sus lugartenientes, ¿cómo extrañar que tuviera derechos para quejarse? Así Massena careció de firmeza y de asiento en el mando: cometió una falta en Busaco, pudiendo salvar la posición en vez de atacarla; otra falta en el Tajo, siendo hacedero que se trasladara á la otra orilla; no descubrió bastante pronto en Fuentes de Oñoro el verdadero punto de ataque: así el mariscal Ney imposibilitó el tomar posición junto al Mondego, después de contribuir á que la de Santarem fuera abandonada: así Drouet fué meticuloso y de más daño que provecho: así el mariscal Soult no supo desguarnecer á Granada en ventaja de Extremadura, y mostróse compañero de armas poco resuelto, no queriendo arrosar un peligro por ir en ayuda de Massena. ¡Mas qué milagro que varones insignes, buenos ciudadanos y animosos, aparecieran á veces apáticos, ó descuidados, ó desunidos, ó celosos! Con su alma tan grande, ¿no había visto Napoleón generarse todas estas cosas, los celos, el encono, la ira, la alteración del espíritu, el error? ¿Cómo había de sorprenderle que aquejaran á los demás estas miserias de corazón y entendimiento? Bien ciego, bien imprevisor, bien severo es quien no sabe adivinar estas debilidades y aun basamentar su conducta en la certidumbre de su existencia. Cuando una política no puede soportar las faltas de sus agentes sin venir por tierra, está completamente juzgada.

Si la gran cuestión europea, que era imprudente hasta lo sumo trasladar á España, bien que aun allí cupiera

en lo posible zanjarla, no quedó resuelta en 1810 y 1811, á pesar de inmensos recursos, hay que achacar la culpa, no al genio, sino á la política de Napoleón, que engendró sus yerros militares y los de sus agentes. Después de haber fracasado esta solución en España, pretendió buscarla en el Norte (lo cual dará asunto á los siguientes libros), y se verá qué solución encontró allí. Pero como á todas sus faltas añade el genio la de no quererlas reconocer de ninguna manera y achacárselas á otro, Napoleón atribuyóselas á Massena, y le quitó el mando, hiriendo con una especie de desgracia á este antiguo compañero de armas, que le había prestado tantos servicios, que algún día le debía hacer falta, y que en esta campaña, aunque sin ventura, había acreditado raras dotes de carácter y de talento, y no había sucumbido más que ante la fuerza de las cosas, contraria del todo á la empresa de que se le hizo instrumento pasivo.

Con el alma lacerada tornó á Francia este veterano, sintiendo eclipsada su gloria y viendo alejarse los viles aduladores de su fortuna, para ir á repetir dondequiera que estaba gastado, privado de energía y de consiguiente incapaz de mando. Napoleón, juez infalible cuando quería ser justo, en vez de ofenderle, hubiera debido mirarle con ternura, y en el destino de Massena leer el suyo, pues éste era la primera víctima de la fortuna y él debía ser la segunda, con la diferencia de que Massena no había merecido su suerte y Napoleón iba á merecer muy pronto la suya. Con efecto, Massena no era más que instrumento, é instrumento desaprobador de aquellos gigantescos designios que habían de atraer sobre el que los concebía tan terrible castigo de la fortuna, y Napoleón era verdadero autor de ellos, que, sin aprobarlos del todo, se dejaba arrastrar á impulsos de una complacencia fatal en sus propias pasiones. Añadamos, no obstante, que también Massena había merecido parte de este castigo, no por algunas ligeras faltas, sino por haber consentido en ejecutar lo que le hacía desaprobar su buen seso.

Pero tal es el inconveniente común del poder ilimitado y no contradictorio: con la costumbre de la sumisión suprime hasta la idea de la resistencia aun en los espíritus más ilustrados y más firmes.

LIBRO CUADRAGÉSIMO PRIMERO

EL CONCILIO

Nacimiento del rey de Roma el 20 de marzo de 1811. — Aplazamiento de la ceremonia del bautizo para el mes de junio. — Diversas circunstancias que á la sazón entristecen á Francia y comprimen el vuelo del público alborozo. — Aumento de desconfianza respecto de Rusia, aceleración de los armamentos y rigor con que se hace la quinta. — Crisis mercantil é industrial producida por el exceso de fabricación y la complicación de las leyes de aduanas. — Numerosas quiebras en las industrias de hilados y tejidos de algodón, de paños, de sedas, de azúcar refinado, etc. — Auxilios que Napoleón proporciona al comercio y la industria. — Agréganse á estas causas de malestar los disturbios religiosos. — Esfuerzos del papa y de parte del clero para imposibilitar la administración provisional de las diócesis. — Intrigas cerca de los cabildos para impedirles conferir á los nuevos prelados la calidad de vicarios capitulares. — Breves del papa á los cabildos de París, de Florencia y de Asti. — Casualidad que hace descubrir estos breves. — Arresto de Mr. de Astros; expulsión violenta de Mr. de Portalis del Consejo de Estado. — Rigores contra el clero y sumisión de los cabildos recalcitrantes. — Viéndose Napoleón expuesto á los peligros de un cisma, proyecta la reunión de un concilio, del cual espera servirse para vencer la resistencia del papa. — Examen de las cuestiones á que da margen la reunión del concilio, y su convocatoria para el mes de junio y día del bautizo del rey de Roma. — Curso de los asuntos exteriores hasta la época del bautizo y del concilio. — Napoleón retira al duque de Cadore la cartera de Negocios extranjeros para dársela al duque de Basano. — Partida de Mr. de Lauristón para reemplazar á Mr. de Caulaincourt en San Petersburgo. — Lentitudes calculadas de su viaje. — Conferencias del emperador Alejandro con MM. de Caulaincourt y de Lauristón. — Sabiendo el emperador Alejandro que sus armamentos han ofuscado á Napoleón, explica el origen y extensión de ellos, y se empeña en probar que han seguido y no precedido á los de Francia. — Su deseo sincero de la paz, bien que con la resolución irrevocable de atenerse relativamente al bloqueo continental á las providencias ya adoptadas. — De las explicaciones del emperador Alejandro deduce Napoleón que la guerra es segura, aun cuando no antes de un año. — Consiguientemente se toma para sus armamentos más tiempo y les da mayores proporciones. — Lo prepara todo con el fin de emprender la guerra al asomar la primavera de 1812. — Miras y dirección de su diplomacia para con las diferentes potencias de Europa. — Estado de la corte de Viena después del matrimonio de Napoleón con María Luisa; política del emperador Francisco y de Mr. de Metternich. — Probabilidad de una alianza con Austria, sus condiciones, su grado de sinceridad. — Estado de la corte de Prusia. — El rey Federico Guillermo y Mr. de Hardenberg, sus inquietudes y su política. — Suecia y Dinamarca. — Celos de Dinamarca por cooperar al bloqueo continental. — Mala fe de Suecia. — Se aprovecha esta potencia de la paz concedida por Francia para constituirse en agente intermedio del comercio clandestino. — Establecimiento de Gothenburgo destinado á reemplazar al de Heligoland. — Dificultades relativas á la sucesión al trono. — Queda éste vacante de resultas de la muerte del príncipe real adoptado por el nuevo rey Carlos XIII. — Numerosos partidos en Suecia y sus diversas miras sobre la elección del sucesor al trono. — En su apuro se fijan de repente en el príncipe de Ponto-Corvo (mariscal Bernadotte), esperando granjearse el favor de Francia. — Ajeno Napoleón á la elección, permite que el príncipe de Ponto Corvo acepte. — No bien llegado el recién electo á Suecia, codicia la Noruega para lisonjear la ambición de sus nuevos súbditos y propone á Napoleón que le facilite su conquista. — Fiel Napoleón á Dinamarca rechaza la propuesta. — Disposiciones generales de Alemania en el momento en que parece prepararse una guerra general en el Norte. — Al par que Napoleón combina sus ejércitos y sus alianzas, se ocupa activamente en sus asuntos interiores. — Bautizo del rey de Roma. — Grandes fiestas con que se solemniza. — Preparativos del concilio. — Causas de preferirse un concilio nacional á un concilio general. — Cuestiones que le serán propuestas. — Resúmen de todas en una, la elección canónica de los obispos. — Antes de reunirse el concilio son enviados tres prelados á Savona para tantear la manera de entenderse con el papa y no hacer al concilio más proposiciones concertadas con la Santa Sede. — Estos prelados son el arzobispo de Tours y los obispos de Nantes y de Tréveris. — Su viaje á Savona. — Recibimiento que les hace el papa. — Pío VII presta un consentimiento indirecto al sistema propuesto para la institución canónica, y aplaza el arreglo general de los asuntos de la Iglesia para la época en que se le restituya la libertad y un consejo. — Vuelta de los tres prelados á París. — Reunión del concilio el 17 de junio. — Disposiciones de los diversos partidos que lo componen. — Ceremonial, discurso de apertura y juramento de fidelidad á la Santa Sede. — Apenas reunidos los prelados, les domina un sentimiento común de simpatía hacia los infortunios de Pío VII y de aversión secreta al despotismo de Napoleón. — Les contiene el miedo. — Primeras sesiones del concilio. — Proyecto de contestación al discurso imperial. — Dificultades de la redacción. — Se inflaman los espíritus durante la sesión en que se discute, y un prelado propone dirigirse á Saint Cloud en cuerpo y con el fin de solicitar la libertad del papa. — Ataja el presidente este movimiento suspendiendo la sesión. — Se adopta el proyecto de contestación después de muchas supresiones y Napoleón se niega á recibirlo. — Papel moderador de Mr. Duvoisin, obispo de Nantes, y de Mr. de Barral, arzobispo de Tours. — Torpeza y orgullo del cardenal de Fesch. — Se somete á una comisión la cuestión principal sobre la institución canónica. — Divergencia de pareceres en el seno de esta comisión. — A pesar de los esfuerzos de Mr. Duvoisin, se declara la mayoría de sus individuos contra la competencia del concilio. — Irritado Napoleón quiere disolverlo. — Se le exhorta á que espere el resultado definitivo. — Mr. Duvoisin compromete á la comisión á que tome por base las proposiciones admitidas por el papa en Savona. — Se adopta este dictamen al pronto, mas no se aprueba definitivamente, sin remitirse de nuevo al papa, suponiendo la incompetencia del concilio. — Este dictamen, presentado por el obispo de Tournay, excita una escena tempestuosa en el concilio y manifestaciones casi facciosas. — Napoleón disuelve el concilio y envía á Vincennes á los obispos de Gante, de Tournay y de Troyes. — Espantados los prelados se prestan á transacciones. — Se recogen los dictámenes individualmente, y asegurada una mayoría, se vuelve á juntar el concilio el 5 de agosto. — Esta asamblea da un decreto casi conforme al que se deseaba de ella, pero con un recurso al papa que no envuelve á pesar de todo la idea de la incompetencia del concilio. — Nueva diputación de algunos cardenales y prelados á Savona con el fin de obtener la adhesión del papa á los actos del concilio. — Cansado Napoleón de esta disputa religiosa, ya no propende más que á desembarazarse de los prelados reunidos en París y á aprovechar lo coyuntura de la diputación enviada á Savona, para alcanzar la institución de los veintisiete prelados electos y no instituidos. — Fija de continuo la mente en la próxima guerra del Norte, se lisonjea de que, victorioso una vez más, todo el mundo cederá á su ascen-